

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

ANDANZAS Y LECTURAS

Moratin, por Alcalá Galiano

I

En 1853 fueron traídos a Madrid los restos de Donoso Cortés y de Moratin, muertos en el extranjero. Se hab ó entonces mucho de estos dos escritores. Tres años más tarde, con motivo de estas apoteosis, Alcalá Galiano publicó un estudio de Alcalá Galiano en la *Revista peninsular*. La *Revista peninsular* veía la luz en Lisboa; iba redactada en portugués y en castellano; escribían en ella literatos portugueses y castellanos; figuraban, entre estos últimos, Amador de los Ríos, Barrantes, Valera; Va era firmaba sus escritos con el seudónimo de *S. de la Selva*. El estudio de Alcalá Galiano a que nos referimos, se tituló: *Juicio crítico sobre el célebre poeta cómico don Leandro Fernández de Moratin*; figura en primer término del aludido número de la *Revista peninsular*: correspondiente dicho número a agosto de 1856.

Recordando Alcalá Galiano la apoteosis hecha tres años antes a Moratin, se pregunta si aquel «culto era merecido». «Fué tributado a una imagen de un dios falso ó lo fué a una deidad verdadera?» «¿Se quedó en lo justo ó llegó a ser exceso?» (Alcalá Galiano que muestra estos escrúpulos y sobresaltos ante la hipérbole, acaba de decir en las primeras líneas de su estudio, hablando de Donoso Cortés, lo siguiente. Donoso es «uno de los más agudos y vivos ingenios que ha producido nuestro suelo». A Donoso «la mayor parte del mundo civilizado cuenta por un» de los primeros personajes de la república literaria en nuestros días». Donoso ha sido «y seguirá siendo una de las primeras glorias» de España). Los términos en que se habló de Moratin en 1853 son—dice Galiano—«en nuestro pobre sentir, hiperbólicos». A las preguntas que se ha formulado arriba, contesta Galiano de diverso modo. En cuanto a si fué un culto merecido el tributado a Moratin, responde con un *distingo*. Respecto a si hubo justicia en el elogio ó exceso, opta por lo segundo.

Galiano hace una división en la poesía. «Hay la poesía inventora ó creadora, la arrebatada é intensa». «Hay la poesía artística, imitadora, elegante, correcta, no del todo falta de fuego, pues cuando de él llega a carecer ya es verdaderamente mediana, pero cuyo fuego alumbraba y recrea más que abrasa. Dentro un calor grato, y tan templado que casi es tibio». El autor precisa más. Lo que él dice, tal como hoy lo entendemos, es que hay escritores locales, nacionales, cuyo encanto está en los secretos, los matices, los cambiantes del idioma, que no pueden ser percibidos por un público universal (ni tienen interés para tal público), y que, por otra parte, están los artistas de amplia y universal visión, hombres que sintetizan en sí la sensibilidad de toda una época y que son como jales en la marcha de la humanidad. Un ejemplo: Valera, Tolstoi, y mejor que Valera, quien al fin y al cabo, en medio de su desdén para toda aspiración nueva, algo se interesó por la marcha del pensamiento; mejor que Valera, Pereda... Moratin es un ingenio local; tiene el atractivo del lenguaje, que él depura, afina y hace expresivo y nos ofrece la gracia de una observación menuda, mel y delicada. Pero, ¿la hondura, la emoción, el arrebatado, la *lejania* ideal? «Moratin—dice Galiano—es un buen poeta cómico, pero de aquellos en quienes la imaginación es poca, el arte mucho, el ingenio ó vivo, el conocimiento de su lengua grande». Moratin, español castellano, es «para los extranjeros a penas inteligible». No a penas inteligible, como dice Galiano, si no más exactamente, *sin interés ninguno*. Sin interés, cuando ante el extranjero se le pone «despojado de los felices modismos, de la fácil expresión y de la fiel pintura de personas españolas y no de criaturas de cualquier pueblo ó tiempo».

Moratin es un imitador de Moliere. Moratin construye tipos locales, no ejemplares generales de humanidad. Pero nuestro poeta se queda muy a la zaga de Moliere. Examinemos sus comedias: La primera de todas, no por mérito, *El viejo y la niña*. En esta comedia sólo dos caracteres bien trazados: el de don Roque y el de Muñoz. «Estos dos caracteres son los únicos dignos de alabanza ó aún de ser notados en la primera comedia de Moratin. Su doña Isabel y su don Juan hasta helados son, y este último, así como doña Beatriz, peca, sobre ser insignificante, por cierta falta de finura en los motivos. Así, además de carencia de individualidad, hay en *El viejo y la niña* poco acierto en la pintura aún de caracteres vulgares, no siendo los de los dos viejos».

Superior a esta comedia es *El Café*. «El pensamiento no es original». Respiramos aquí a Cervantes y a Moliere. El buen sentido de Sancho contrasta a la fantasía de don Quijote, es lo que ha inspirado esta obra. Lo mismo se puede decir del tósco é ignorante Crisale de *Los Marisabidillos*, de Moliere, racionando mejor que las tres literatas: su mujer, cuñada é hija». D. Antonio y don Pedro es-

tán «bien concebidos»; pero don Hermógenes es «una caricatura».

La *Mogigata* sólo tiene un carácter digno de elogio. «En las demás figuras de la misma composición sólo es de alabar el d' mandadero de las monjas». El tipo de doña Clara, la mogigata, «es una mala copia del de Tartuffe»; y es «copia infelicísima en lo que se diferencia del original y demasiado fiel, y débil a la par que fiel, en lo que de él traslada». En una nota, Alcalá Galiano, nos da algunas curiosas noticias respecto a la citada comedia de Moratin. Los críticos de la escuela clásica habian notado ya lo endeble del carácter de doña Clara. Véase el juicio de la obra publicado en las *Varietades de ciencias, literatura y artes*, periódico que dirigía Quintana. Véanse también en los anejos castellanos a la traducción de Blair, lo que se dice de este carácter. «Se tacha a doña Clara de algo simple en varias ocasiones, en vez de ser hábil hipócrita siempre». Cuando ella quiere expresar a su criada el efecto que le produjo la declaración amorosa de don Claudio dice:

*Me ríuso, así, muy contenta; le miré, y no más...*

Con tal ingenuidad y puzguatismo «forma contraste lo refinado de su maldad cuando se muestra copiando fielmente los rasgos de habilidad del hipócrita de Moliere». «Nunca estuvo más atinado y profundo el gran poeta francés que cuando hace que Tartuffe, acusado de un acto infame, en vez de disculparse, se escurre diciendo:

*—Oui, mon frère, je suis un méchant, un coupable...*

Con lo cual persuade más de su santidad a su preocupado bienhechor. Lo mismo, al pie de la letra, hace doña Clara sorprendida por su padre hablando con don Claudio en un cuarto a oscuras». Hace «lo mismo». «Pero ¡con qué inferioridad de bríos!».

AZORIN

Cotidianas

*Me encaminé anteayer pasito a pasito hacia el Tivoli deseoso de escuchar la palabra de unos ciudadanos que en ejercicio del derecho de reunión iban a exponer públicamente sus ideas sin valerse del insulto a las opiniones ajenas, sino por el contrario, guardándoles los mayores respetos cual merece toda idea sinceramente profesada.*

*Pero, según ya es notorio, me encontré los alrededores del teatro y algo más sitiados por la fuerza pública dependiente de la autoridad gubernativa cuyas providencias para mantener el orden transpusieron en opinión de los mismos interesados en el amparo los límites de la prudente precaución, pues según declaró después uno de los oradores, los organizadores del acto convocaban a todos los ciudadanos y hubieran deseado proclamar la verdad ante el mayor número posible de oyentes.*

*No estuvo mal que se cacheara a los sospechosos, porque contravención de la ley es llevar armas prohibidas; pero la eliminación no siempre acertada de concurrentes a un acto que iba a celebrarse al amparo del derecho estatuido despertó el recelo de que se trataba de restringir la importancia de una reunión cuyo primordial objeto era poner al genuino partido conservador en directo contacto con el pueblo, que como también dijo muy acertadamente otro tribuno, es el elemento más conservador de las naciones.*

*Por cierto que pagaron justos por pecadores, pues como el acto estaba organizado por obreros que en uso de la tan ponderada libertad de pensamiento se permiten creer que la política del señor Maura ha sido y promete ser la más beneficiosa para el proletariado según demuestran las obras, mil veces más valederas en achaques de amor que las buenas razones no pudieron asistir al mitin gran número de obreros auténticos, sin parentesco alguno con quienes usurpan tan honrado nombre para explotarlo en personales logrerías.*

*Gracias a que me acababa de limpiar las botas por veinte céntimos, amén de la propina, y a que lucía un terno inmaculado pude entrar sin tropiezo, y una vez dentro me convencí de que si años atrás la libertad se hizo conservadora, cansada del mal trato que le daban sus postizos curadores, la democracia netamente española se ha hecho maurista, pues presidía el acto un obrero carretero con pañuelito al cuello, según costumbre de los del oficio, y la tralla, que parecía un cetro, apoyada contra la mesa presidencial.*

*Y a uno y otro lado del honrado carretero aristócratas de la sangre, fortuna y el talento.*

*Esto es democracia práctica, la tradicional, histórica y cristiana democracia que en armónica y equilibrada cooperación al fin colectivo entrefunde a todas las clases, sociales bajo el unánime respeto a la ley.*

*No la falsa democracia que subvierte la tiranía de los despotas en la mil veces más temible y odiosa tiranía de la plebe.*

*Si en lo que dijeron los oradores y más notablemente el señor Goicoechea en su magistral discurso se encuadrara la política española para qué más democracia?*

ALFONSO

SILUETAS

DE LA VILLA

II

Algo me habían interesado, sin embargo, las andanzas de prolífico maestro de escuela de la villa, y una tarde, agotado no recuerdo de qué otro tema de conversación, le insinué a mi anciano amigo mi interés, indicándole dónde habíamos dejado el asunto, pues él no lo recordaba.

—Ah, sí, exclamó: pues verá usted: la patria, como decía el pobre, a medida que él iba dando oficio a sus hijos varones, y

apenas empezaban a ganarle algo, se los iba tomando para enterrar uno en Filipinas, consumido por unas fiebres, otro en la guerra de Cuba, otro en el Rif y otro en unos más ó menos gloriosos disturbios, porque tan infortunado ha sido el infeliz maestro que a todos sus hijos les tocaba el número más bajo del sorteo—y el más alto al hijo del alcalde—y como eran muy buenos m'zos, altos como pinos, la primera bala que salía de un fusil enemigo les tocaba a ellos, los pobres. Todos, digo, excepto uno que salió achaparrado, y como era corto de talla, a éste, precisamente, le tocó el número más alto del sorteo. Por su mal fué po que éste salió ácrata.

«Ya supondrá usted que salirle a uno ácrata un hijo es lo mismo que si le tocara la lotería. Se enteró el maestro de las ideas de su hijo, no porque le oyera pronunciar algún discurso ni le sorprendiera escribiendo algún libro, sino porque dejó de entregarle el salario que ganaba. Supo que se lo había, en parte, jugado, y en parte, bebido, y en parte... de esta última parte hágole gracia a usted, ni necesito mentársela, porque en esto de la acracia, por lo menos por estos andurriales, el mal está en el vientre, aunque duela en la cabeza. Igual que las fibras gástricas...»

«No sé si en el calor de la reconvección hablaría el buen maestro de eso, de que le hablaría puesto en el mundo «para la patria y la libertad»; lo que sí ocurrió fué que el hijo le sostuvo que lo de la patria civil y la patria potestad eran monerga pura y que como él, su padre, no le había pedido permiso a él, el hijo, para echarle al mundo, nada tenía que agradecerle, y que, por lo demás, él era ácrata; y punto redondo.

«Quedóse el buen maestro como si le hubieran dado un palo en la cabeza; pero como creo habérselo dicho a usted, tenía las paredes craneanas muy resistentes y apenas se hubo repuesto de la impresión, fué a buscar en el Diccionario de la Academia la palabra *ácrata*, que por vez primera oía. Tenga usted en cuenta, amigo mío, que el buen maestro es un terrible gramático y aún algo retórico y para quien lo es de raza las palabras tienen tanto valor como los hechos. El diccionario oficial de nuestro idioma no registra la palabra, como es natural; pero en otro menos autorizado halló la de acracia: «Acracia, Medicina. Extrema debilidad». —«No, me decía después, la extrema debilidad no es la de mi hijo, que está más rollizo que un sabafón; la verdadera debilidad la he padecido yo en no romperle una pata».

«Pero cuando yo le dije qué cosa es ser ácrata, no acababa de exclamar el buen hombre:

—¡Pero si es un mastuerzo que nunca ha sabido conjugarme un pretérito pluscuamperfecto del subjuntivo!

Fué cosa de ver el asomo de sonrisa que iluminó el fino rostro de mi pulcro amigo. Luego añadió;

«Y de éstas y otras muchísimas cosas

tar, obligatorio el voto, obligatoria la vacuna, y como es también obligatoria la enseñanza, no puede uno vivir en paz en la sabrosa ignorancia del abecedario. Ya no queda aquí, por virtud del infeliz maestro de escuela, hombre ni mujer de esta generación que no pueda escribir en las hojas del censo y en las correspondientes casillas el consabido *si sí*, que es signo de europeización, y por consecuencia de esto y por ser desgracia ya no queda aquí un obrero que no sea *consciente*. ¡Terrible cosa esta del alfabetismo *consciente* que ha robado la alegría a esta generación desventurada! ¡Desventurada, amigo mío, porque no sabe más que leer y... odiar!

Luego, quitándose las gafas para pasar e por los párpados el blanco y fino pañuelo, mirándose de muy cerca, con sus ojos sin claridad, añade:

—Y todo porque no le enseñan más que a leer y escribir y le hacen despreciar las verdaderas verdades.

—Es decir, insinúo yo, que V. no cree que la instrucción haga buenos a los hombres.

—No la instrucción sin la ayuda de otras cosas más altas, no, y si fuera yo aascal le diría: *celà est impossible et d'un autre cotè*.

Después, como esto le ha dejado serio y como afligido, añade:

—Todavía es peor—y estos tienen la culpa de lo otro—la semiciencia de los que ejercen la profesión de sabios y expendedores de cultura, llenos de ignorancia de las grandes verdades y vanos y orgullosos con su ignorancia. Montaigne, que ya sabe usted cuánto ahondaba en las cosas, decía que las espigas vacías se mantienen erguidas y tiesas y las bien granadas se inclinan hacia el suelo.

A todo esto yo sé que mi anciano amigo enseña por sí mismo a leer y escribir a su servidumbre y a los g'ñanes de su corral, todas las noches... Después, antes de acostarse, lee él un par de horas. Sus autores favoritos son San Agustín, De Maistre, Balmes, y se sabe casi de memoria el *Quijote*... y las comedias de Moliere.

ANGEL RUIZ Y PABLO

UNA NOCHE DE HORROR

Impresiones de un testigo

I

Hoy hace un año que una noche de horror señaló el principio de la segunda guerra balcánica. La prensa europea que amplificaba ó atenuaba los acontecimientos según las necesidades de la política, las conveniencias nacionales ó las simpatías que le inspiraban unos a otros beligerantes a penas si hizo mención de aquella noche, del 30 de junio al 1.º de julio, digna no obstante de figurar por sus sangrientos lances al lado de las más trágicas, noche que perdurará en la memoria tenaz de los búlgaros, y les hará execrable el nom-



VALENCIA.—El joven don Rafael Sarró Rodrigo, herido por los radicales con motivo del mitin maurista

por el estilo saca ahora en consecuencia nuestro hombre, diez veces infortunado, que no hay cosa peor que el alfabetismo jél, que para que no hubiese en el pueblo un sólo analfabeto, daba lección de ba de hasta los domingos! Y realmente, amigo mío ante casos como este, ¿no dan ganas de proclamar la dignidad y excelencia del derecho a la ignorancia? Pero la ley no la consiente. La ley, que proclamaba antes toda suerte de libertad, se dedica ahora a cultivar toda especie de obligación, y es ya obligatorio el servicio mili-

bre griego con tanta violencia como el romano lo fué para Anibal. No es una página histórica la que me propongo escribir. Ni creo que nadie esté en situación de escribirla, porque del modo como los sucesos se desarrollaron los mismos actores de unos hechos ignoraban que acontecían los otros hechos que constituían el complemento de la luctuosa jornada. A más de que los que intervinieron en la lucha—y estos fueron los únicos testigos oculares—¿cómo pueden dejar de ser grandemente parciales habiendo un interés pa-